



Ética y Política Electoral Peruana ¿Quiénes deben ser éticos? ¿Por qué?

Arturo Z. Vásquez-Párraga*

El tema ético o anti-corrupción es el más mentado en estas elecciones presidenciales. La pregunta es ¿saben los candidatos de qué están hablando? Muchas personas creen que la conducta ética debe ser practicada por otras personas, no por ellas mismas. En este artículo veremos lo que demuestran los estudios al respecto y las razones que explican la conducta del fariseo.

En esta época de candidaturas presidenciales y tácticas para ganarse el voto de los indecisos, muchos políticos claman que debe acabarse con la corrupción en el país y que el Perú necesita un cambio radical mayormente en el terreno moral. Es fácil aceptar esa premisa en términos aéreos, es decir, sin tomar en cuenta quienes lo dicen. Pero apenas nos damos cuenta de que los autores de esas proclamas son personas con poca o ninguna ética a juzgar por sus hechos del pasado, pronto entramos en una duda existencialista y llegamos a la conclusión de que aquí no hay nadie que podría “tirar la primera piedra,” como dice la Biblia.

Por otro lado, sin embargo, los estudios científicos de la conducta ética demuestran que la mayoría de personas es fundamentalmente ética y que es la minoría de personas oportunistas que usan a las mayorías para lograr sus objetivos. En el artículo publicado en *Análisis Laboral* con el título «El Dilema del Gerente no es “Ser o no Ser” sino “Ser Ético o no Ético”» (Noviembre, 2010) concluyo en base a estudios científicos que “alrededor del 30% de gerentes tienden a ser oportunistas mientras el 70% prefiere agarrarse al juicio ético para no cometer errores” y que, a la hora de actuar, la mayoría de las personas usan el juicio ético que se basa en principios morales y no el oportunismo de aprovecharse de las ventajas que a menudo generan los actos inmorales basados en la mentira, estafa, trampa y otros actos de corrupción. Los resultados de los estudios científicos de la conducta ética de las personas nos hacen ver también que, aun cuando la mayoría es sana éticamente hablando, hay una minoría que es oportunista y frecuentemente maquiavélica, es decir, capaz de secuestrar al resto de la población para sus propios fines⁽¹⁾.

En época de elecciones, esto explica por qué unos cuantos políticos puedan jalar a las masas de votantes potenciales para convencerlos a votar por ellos con el argumento de que ellos son los llamados a acabar con la corrupción en el país. Este fenómeno no es único del Perú. Sucede casi en todas partes. En Estados Unidos, por ejemplo, el Congreso pasó a manos republicanas hace unos meses gracias al voto popular de aquéllos que fueron convencidos de que el gobierno demócrata estaba gastando el dinero público más allá de sus medios, es decir, en base al préstamo y no al ahorro, y en época de crisis económica. Los votantes americanos conscientes de la responsabilidad financiera del ciudadano pensaron que debía disciplinarse al gobierno demócrata y envió una mayoría republicana para hacerlo. Contrariamente a lo esperado, los republicanos han tomado el Congreso por las astas y ahora buscan recortar los presupuestos públicos de educación, salud, infraestructura, pequeña empresa, etc. que la mayoría de la población necesita y al mismo tiempo eliminar más impuestos en favor de los más ricos del país. Los candidatos dijeron una cosa y ahora hacen otra, justamente en contra de aquéllos que votaron por ellos. Los votantes no pudieron predecir que los candidatos elegidos terminarían favoreciendo a los menos y perjudicando a los más. Con sólo mantener los impuestos en las tasas actuales, los presupuestos podrían continuar en los mismos niveles, pero esa no fue la intención real de los republicanos elegidos con voto popular al momento de hacer campaña. Los candidatos republicanos secuestraron el voto de la población a favor de sus intereses particulares.

*

Profesor de Negocios en la Universidad de Texas-Pan American, E.E.U.U., Ph. D. en Administración de Empresas y segundo Ph. D. en Economía Laboral. Investigador y autor de artículos y libros de reconocimiento internacional en la ética de negocios.

(1) Ver otros ejemplos de conducta ética, su estudio y las medidas organizacionales para monitorearlos en los siguientes números recientes de *Análisis Laboral*; setiembre 2010, Marzo 2011 y Abril 2011.

Las preguntas son: ¿Por qué y cómo sucede este fenómeno de domesticación de las mayorías a manos de las minorías que se eligen como los salvadores del país? ¿Por qué las mayorías caen víctimas de las minorías oportunistas de un país? ¿Por qué unos pocos “vivos” son capaces de secuestrar todo un país en el nombre de la honestidad, la disciplina financiera o la anti-corrupción para luego fraguar políticas y prácticas de interés propio? ¿Por qué el cuento del lobo y la caperucita roja es más que un cuento, pues también refleja el predominio de un lobo vestido de oveja sobre muchas caperucitas vestidas de pueblo? Intentemos responder estas preguntas y de paso entender al país en esta coyuntura electoral

NATANAEL Y LOS FARISEOS

El Padre Gustavo Gutiérrez, sacerdote y pensador profundo muy conocido en el Perú, me propuso esta comparación en conversación personal: la conducta de Natanael y la conducta de los fariseos (según el Nuevo Testamento). Natanael⁽²⁾ fue un hombre justo que vivía en base a principios morales y que estaba dispuesto a sacrificar beneficios personales cuando ellos estaban opuestos a dichos principios. Contrariamente, los fariseos buscaban sus propios beneficios como ser personas distinguidas en su sociedad y personas que habían ganado derechos que ni Dios mismo, según ellos lo decían, podía quitárselos. Natanael es y también simboliza al hombre moral mientras los fariseos son y simbolizan al hombre oportunista. En el corto plazo, Natanael probablemente no disfrutó de la vida ni obtuvo bienes personales mientras los fariseos se hicieron ricos y tuvieron fama temporal. En el largo plazo, sin embargo, Natanael es hoy y siempre San Bartolomé de reconocimiento mundial mientras los fariseos simplemente desaparecieron del mapa.

Natanael y los fariseos se encarnan hoy en los votantes y los políticos. No digo que todos los votantes sean Natanael ni que todos los políticos sean fariseos, pero muchos de ellos pertenecen a esas categorías y muestran una vez más y con mucha propiedad la división de los seres humanos entre personas morales y personas oportunistas; personas morales que sin embargo son caperucitas rojas en la convivencia social, y personas oportunistas que a menudo se disfrazan de ovejas pero que en verdad son lobos. En la metáfora maquiavélica del lobo y la caperucita, el lobo vive para comerse a la caperucita, ese es el destino de ambos. En la tra-

dición de Natanael y los fariseos, Natanael sacrifica la felicidad pasajera de hoy por la felicidad duradera de mañana, mientras los fariseos disfrutaban de sus ventajas terrenales a costa de perder la vida eterna. En este último ejemplo, hay un perdedor temporal que se convierte en ganador permanente, en contraste con el ganador temporal que termina siendo un perdedor eterno. El contraste de Natanael y los fariseos es de naturaleza humana, con énfasis en la dimensión moral, y no necesariamente bíblico.

LA POLÍTICA DE HOY ES SOLUCIÓN TRANSITORIA Y OPORTUNISTA

La aplicación de las enseñanzas reseñadas arriba a la política de las elecciones es ilustrativa pero debe hacerse con cuidado. Los políticos electoreros son oportunistas por naturaleza; buscan el voto para ellos, no para otros; obtienen más ventajas que desventajas con el producto de su gestión política; frecuentemente engañan para obtener el voto; a menudo mienten para cubrir sus desvergüenzas; a veces amenazan para ganar en base al temor; etc., etc. Los votantes, por su parte, no siempre son Natanael ni caperucitas; también buscan votar por el que podría darles lo que buscan, llámese bienes materiales, cargos públicos o empleos de otro tipo; también creen lo que quieren creer evitando informarse bien acerca del candidato o estudiar sus planes de gobierno; también quieren recibir mucho dando poco, ganar saltando la valla en lugar de correr el tramo entero y llegar a la meta con esfuerzo propio.

En suma, el ejercicio político de las elecciones contemporáneas está por lo general teñido de oportunismo en ambos lados, candidatos y electores. Cualquier estudio serio de la política actual revela que el proceso electoral de hoy es una competencia de propósitos oportunistas, no de propósitos democráticos y altruistas como habrían soñado los griegos que inventaron la democracia.

¿Puede este ejercicio electoral ser distinto y hasta cambiar de naturaleza? Claro que sí, pero para hacerlo, ambos actores, candidatos y votantes, deberían dejar de ser oportunistas; dejar de buscar sólo sus intereses propios. Alguien me preguntó en estos días de elecciones: “¿quién está buscando el bien del país? ¿Quién se fija en los demás y

(2) Según el diccionario enciclopédico Danae (Ediciones Danae, S.A., Barcelona, 1980), Natanael fue un discípulo de Jesucristo, identificado con el apóstol San Bartolomé.

no en sí mismos". Incluso la promesa de que las políticas de un candidato u otro podrían beneficiar a los pobres o a las mayorías es simplemente falsa porque es contrariada por los propios planes de gobierno que no buscan favorecer a los pobres o las mayorías sino a los grupos partidarios y a los que voten por ellos. El hecho que anden cambiando de planes o modificándolos a cada rato para ser mejor vistos por los pocos que los lean demuestra que los planes son oportunistas. A esto se agrega el hecho de que los propios electores no lean los planes de cada quien, y decidan su voto en base apenas a los discursos que escuchan o los comentarios periodísticos que leen. Este mismo juego de oportunistas fue aguzado por gobernantes pasados, es practicado por los actuales gobernantes, y parece ser preferido por los gobernantes del futuro. La historia de los oportunistas de repite. Irónicamente, los gobiernos oportunistas no perduran en elecciones libres o cuasi-libres; requieren de la fuerza para mantenerse en el poder.

El ejemplo peruano de las últimas tres décadas es rico en gobiernos oportunistas. Casi no hay época en que el partido en el poder haya sido reelegido libremente en base a la confianza de los votantes y los pocos casos de repetición en el poder se debieron al uso de la fuerza. Entre 1980 y 2006, todos los presidentes fueron elegidos por temor y no por amor: Fernando Belaúnde fue reelegido por el temor de seguir en manos militares; Alan García fue elegido la primera vez por la misma razón y la esperanza de que un partido fuerte, el APRA, podría asegurar la democracia en el país; Alberto Fujimori fue elegido por el temor a la crisis política generada por partidos todos fracasados, incluyendo el APRA, y el temor a la crisis económica y al terrorismo germinados en el gobierno de García; Alejandro Toledo fue elegido para escapar de un poder real tiránico aunque formalmente democrático; Alan García fue reelegido por el temor de caer en manos probablemente tiránicas. Todos los presidentes nombrados terminaron sus mandatos sin autoridad moral y con olor de fracaso debido a la falta de confianza por parte de la ciudadanía. Casi no hay período electoral en que la razón central para elegir al siguiente presidente no sea el apuro de salir de una experiencia negativa o el temor de evitar una amenaza potencial. El apuro o el temor no dejan tiempo a la ciudadanía para fraguar un consenso moral ni permite a los partidos o alianzas políticos armar propuestas basadas en principios morales. El resultado de semejante comportamiento colectivo es puro oportunismo de los unos y de los otros. Tal como se practica hoy, la política electoral del país se reduce a una competencia de oportunismos.

LA POLÍTICA DE MAÑANA DEBE SER MORAL Y ALTRUISTA

Ciertamente el cambio no podrá tener lugar en estas elecciones jugadas por entero con pies de oportunistas. Pero el cambio podrá venir en el futuro, cuando las nuevas generaciones valoren el altruismo de Natanael y rechacen el

egoísmo de los fariseos; cuando los ciudadanos futuros superen la división simbólica pero realmente humana entre lobos y caperucitas rojas; cuando la competición política esté basada en los planes altruistas de los candidatos y sus partidos y no en discursos y promesas del momento. La vida política de una sociedad puede y debe basarse en valores morales para así volver a ser noble como lo soñaron los griegos.

La aspiración de una política moral es ideal en el Perú pero no es idealista ni ideológica. Se necesita que la política sea moral en el Perú para resolver los problemas serios creados por los numerosos y repetidos oportunistas de los gobiernos de toda estirpe. Para que quede clara esta conclusión, imaginemos por un momento qué pasaría con el país si cayera en manos de rateros o de asaltantes o de terroristas o de narcotraficantes. Los peruanos buscaríamos espantados salir de esa situación a toda costa y no mañana sino hoy. Bueno, no estamos lejos de haber caído en una situación parecida en donde los oportunistas reinen y el resto de población sucumba. El ejemplo de México hoy en manos de los narcotraficantes debe espantarnos para no creer que estamos demasiado lejos de ser un país de oportunistas. La alternativa es un país moral cueste lo que costare.

¿Quiénes deben ser éticos? ¡Todos deben ser éticos! No solo Natanael. ¿Por qué deben ser éticos todos? Porque de no serlo no podríamos tener una sociedad justa, es decir, una sociedad que esté basada en principios morales y no oportunistas; principios morales de todos para todos y no el oportunismo y predominio de unos pocos sobre la sociedad entera.